

EL "POEMA HEROICO DE LA INVENCION DE LA CRUZ"

POR

JOSE M.^a LOPE TOLEDO

Académico. C. de la R. A. de la Historia

Hace ahora cuatro años, bajo el título común de *Obras Varias*, la «Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos» (1) reprodujo en dos tomos—los volúmenes IX y X de la Serie A—las *Varias poesías* y las *Obras varias* de Francisco López de Zárate, que fueron publicadas por primera vez en Madrid y en Alcalá respectivamente en 1619 y 1651.

José Simón Díaz, autor de la edición, tuvo la virtud de poner en plano de actualidad la figura del poeta logroñés, florido ingenio de nuestro Siglo de Oro, contra quien se habían conjurado el silencio, el polvo y el olvido. A Francisco López de Zárate no mencionan los manuales más conocidos de la Historia de la Literatura Española.

Algún erudito riojano del pasado siglo apenas si cita su nombre. De bien poco sirvió al poeta—doncel aún—ser el cantor apasionado de su ciudad, componiendo la *Silva a la Ciudad de Logroño*, «primicias de los tratos excelentes y copiosos de su felicísimo ingenio» (2). Nada tampoco le aprovechó, después, el prurito de estampar en todas sus obras, junto a su nombre «natural de la ciudad de Logroño». Fué este título siempre su exclusivo y preclaro timbre.

Se imponía una reparación. Logroño debía desagravio a uno de sus hijos ilustres. Simón Díaz inició la reivindicación justa y tardía. El calor de su reciente edición vino a prender chispas de atención sobre la personalidad y la obra de nuestro


(1) Del Instituto «Nicolás Antonio», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dirigido por Joaquín de Entrambasaguas.

(2) Fernando Albia de Castro. *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*. Lisboa. Lorenzo Craesbeeck. 1633 (fol. 41).

poeta y, uno tras otro, fueron naciendo varios trabajos (1). En la coyuntura de adoptar materia para el desarrollo de nuestra tesis doctoral, nosotros mismos nos sentimos tentados

P O E M A

HEROICO
DE LA INVENCION
DE LA CRUZ,
P O R
EL EMPERADOR
CONSTANTINO MAGNO.
DEDICADO AL REY NUESTRO SEÑOR
*Francisco Lopez de Zarate, natural
de la ciudad de Logroño.*

Año  1648.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID POR FRANCISCO GARCIA,
Impressor del Reyno.

(1) Luisa Iravedra Merchante. *Cartas de Francisco López de Zárate*. BERCBO, Tomo II, núm. 3 (páginas 257-263) y *La poesía de Francisco López de Zárate*. Ibid. Tomo IV, núm. 12 (páginas 401-410).

Luis Barrón y Urién. *Francisco López de Zárate el "Caballero de la Rosa"*. Soneto incluido en COPAL (suplemento literario de la Revista BERCBO, núm. 14, pág. 6).

por tema tan sugestivo. No ha de tardar, ciertamente, en ver la luz nuestro estudio sobre Francisco López de Zárate, editado por la «Biblioteca de Libros Riojanos» (1). Pero hasta que ese momento llegue, vamos a analizar algunos aspectos del *Poema de la Invención de la Cruz*, haciendo los comentarios que nos sugiere su lectura detenida.

Reza la portada: "*Poema| Heroico| de la Invencion| de la Crvz,| por| el Emperador| Constantino Magno.* Dedicalo al Rey Nvestro Señor| Francisco Lopez de Zarate, natural| de la ciudad de Logroño. (Hay un dibujo que representa una Cruz). Año 1648. Con privilegio. En Madrid por Francisco García, Impressor del Reyno".

Consta de 268 folios. La obra está dividida en veintidós cantos; en el folio postrero se incluye un *Madrigal a la Santísima Cruz*.

Su tamaño alcanza 21 × 15 cms. Tiene una hoja de preliminares. La «Suma del privilegio» dice así:

«Tiene priuilegio Francisco López de Zárate, desde el año de 1629 prorrogado aora por 10 años, para que ninguna persona, sin su orden, pueda imprimir este libro intitulado, *Poema Heroico, de la Invención de la Cruz*, como mas largamente consta de su original, despachado en el oficio de don Diego de Cañizares y Arteaga, en ocho de abril de 1674».

Esta advertencia pudiera traer asombro, al comprobar que desde el momento en que el poeta procede al registro del poema hasta el día de la impresión casi median cuatro lustros. Pero aquí está la cita de Nicolás Antonio, que nos aclara cumplidamente la singularidad:

«Paulo ante mortem exire permissit e manibus poema heroico-sacrum, quod iuvenis composuit, vir limavit, senex, nescio an dispendio maiori quam compendio multiis in locis incudi subiecit, nempe: *Poema heroico de la Invención de la Cruz por el Emperador Constantino Magno*» (2).

Muy acusada es, ciertamente, en López de Zárate su «labor limae». En la intensa actividad literaria de nuestro poeta se pone siempre al descubierto una instintiva propensión — consecuencia innegable de la intensificación y recargamiento que sufren entonces todas las direcciones artísticas— a recamar y

(1) La proyecta iniciar en breve el «Instituto de Estudios Riojanos».

(2) *Biblioteca Hispano-Nova*. 2.ª edc. Tomo I. pág. 438.

pulir las palabras y el concepto. Y esta tendencia alcanza su culminación en la *Invención de la Cruz*.

Por eso, no es extraño el juicio que a José Luis Velázquez merece la labor del poeta en la obra de nuestro examen :

« A causa de su mucho miedo y de una preparación minuciosa de sus versos, a menudo ha dañado a la armonía y a la gracia de sus versos una falta que en sus demás poesías también se hace notar » (1).

Si hemos de creer a José Esteban Ximénez de Enciso, no fué esta —la de Madrid, de 1648—, que manejamos, la única edición que del poema se hizo. Al parecer, por aquellos años también, salió otra de los tórculos de la Ciudad Eterna :

« ... y a la que le dara el mundo y su cabeça Roma por el Triumpho de la Cruz, que en ella esta estampando » (2).

Si exacta fuera tal noticia, la edición de Roma —hogafío desconocida— tendríá que ser posterior al año 1645, fecha en que aparece la *Relación* de Ximénez de Enciso.

El *Poema heroico de la Invención de la Cruz* es, con toda seguridad, la obra más discutida de nuestro poeta.

Cervantes la cita en las postrimerías (3) de su novela *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, para dedicar al poema y al autor el más encendido elogio :

« ... conocieronse y abrazaronse, y preguntándose de sus vidas, y sucesos; el poeta peregrino le dijo, que el día antes le había sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fue que habiendo tenido noticia de que un monseñor clérigo de la cámara, curioso y rico, tenía un museo el más extraordinario que había en el mundo porque no tenía figura de personas que efectivamente hubiesen sido, ni entonces lo fuesen, sino unas tablas, preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habían de ser en los venideros siglos poetas famosos, entre las cuales tablas había visto dos, que en el principio dellas estaba escrito en la una *Torcuato Taso*, y más abajo un poco decía *Jerusalén liberada*; en la otra estaba escrito *Zarate*, y mas abajo, *Cruz y Constantino*. Preguntéle al que me las enseñaba qué significaban aquellos nombres. Respondióme que se esperaba que

(1) *Historia de la Poesía Española*, traducida en español por don Juan Andrés Dieze. Gotingen, 1769 (pág. 384).

(2) *Relación de la Memoria funeral... en la muerte de Isabel de Borbón*. Logroño. Juan Díez de Valderrama y Bastida, 1645.

(3) Capítulo VI.

presto se había de descubrir en la tierra la luz de un poeta que se había de llamar Torcuato Taso, el cual había de cantar a *Jerusalen recuperada* con el mas heroico y agradable plectro que hasta entonces ningun poeta hubiese cantado, y que casi luego lo había de suceder un español llamado Francisco López de Zárate, cuya voz había de llenar las cuatro partes de la tierra, y cuya armonía había de suspender los corazones de las gentes, cantando *La invención de la Cruz de Cristo, con las guerras del emperador Constantino*, poema verdaderamente heroico y religioso y digno del nombre de poema. A lo que replicó Periandro: Duro se me hace creer que de tan atras se tome el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que estan por venir; aunque en efecto en esta ciudad, cabeza del mundo, esten otras maravillas de mayor admiración; y ¿habrá otras tablas aderezadas para muchos poetas venideros?, preguntó Periandro. Sí, respondió el peregrino; pero no quise detenerme a leer los títulos contentándome con los dos primeros... »

Para Jerónimo de Salas Barbadillo es *La Invención de la Cruz*, por su bondad formal, uno de los tres poemas nacionales de mayor celebridad:

«... mas boluiendose luego al de los Poemas heroicos en verso, con una inquietud grande (tanta que parecio indecencia en magestad tan lucida) dixo: Que deseaua con sumo afecto ver dados a la estampa los tres Poemas doctissimos Españoles (que auian de quitar el laurel a Italia) del Excelentissimo señor Príncipe de Esquilache, Francisco López de Zarate, y Dr. Miguel de Silveyra, de quien dixera yo agora mucho, aunque siempre fuera poco, si no me llamara la narración de mi historia... » (1).

Juan de Zabaleta no duda en aconsejar, la lectura de la obra de nuestro poeta:

« Si es inclinada a leer poesía esta donzella sea la *vida de San Joseph* de Valdivieso, el *Poema de la Cruz* de Francisco López de Zárate, las *Rimas Sacras* de Lope de Vega, y otros infinitos libros que ay de poesía santa » (2).

Manuel José Quintana en *Musa épica* o *colección de los*

(1) *Coronas del Parnaso y Platos de las Musas*. Madrid. Imprenta del Reyno. 1655 (fol. 35).

(2) *El día de Fiesta por la tarde*. *Los libros*. En *Obras historicas, politicas, filosoficas y morales*. Barcelona. Joseph Texido. 1704 (página 338, col. II).

trozos mejores de nuestros poemas heroicos (1) y Eugenio Ochoa en *Tesoro de los poemas españoles* (2) incluyen sendos fragmentos de la *Invención de la Cruz*.

Frente a estos amplios encomios se levantan las voces de M. G. Tiknor (3), Antonio de Zárate (4) y Pfand Luwing (5), quienes, si bien todos tres admiran la lírica del riojano, tienen, no obstante, censuras para el poema de nuestro estudio.

Y ahora, adentrémonos en nuestro comentario.

Cosa cierta es y bien sabida, que el Siglo de Oro presta a lo épico especial atención. España tenía una intensa tradición heroica que hondamente palpitaba en su poesía.

La épica llegó a ser la poesía más universal y a lo universal especialmente aspiró el temperamento español. El ansia de componer un poema « unde unum fiat ex omnibus », constituía la esencia del escritor, que, por otra parte, se sentía circuido, anegado en una atmósfera de influjo que magistralmente nos descubre Artigas en recias pinceladas:

« Se habían lanzado a la Naturaleza; pero sus ojos estaban llenos de metáforas, de expresiones y de fábulas clásicas: Thetis y Alcimedón y Clície y Ascalepho se interponen entre los ojos y la realidad; quieren producir belleza intelectual con imágenes sensoriales; su ambición artística soñaba con el gran poema español, con la Odisea, con la Eneida española, y era imposible que a principios del siglo XVII pudiese nadie intentar poesía heroica sin seguir los caminos de los clásicos, sin acercarse y sin parecerse a ellos... » (6).

Pudiera considerarse que este juicio, por entero, fué concebido para el riojano. En nuestra tesis doctoral hemos dedicado un capítulo, para analizar concretamente, con algún detenimiento, la influencia de los clásicos latinos en toda la producción de nuestro poeta.

No en vano se denominó en su tiempo a López de Zárate « spes altera Romae ».

(1) *Poesías selectas castellanas*. Segunda parte. Madrid, 1855. Imprenta de D. M. de Burgos. Tomo I, (págs. 355 - 359).

(2) París. Bandry Tomo XXI, pág. 427.

(3) *Historia de la Literatura Española*. Madrid. Rivadeneyra, 1845. Tomo III.

(4) *Manual de Literatura*. Madrid. Rivadeneyra, 1874 (pág. 471).

(5) *Historia de la Literatura Nacional Española de la Edad de Oro*. Barcelona (pág. 564).

(6) *Don Luis de Góngora y Argote*. 1925, (pág. 278).

Lope de Vega, en la aprobación de las *Varias poesías* de nuestro poeta, que suscribe en Madrid el 29 de noviembre de 1618, paladinamente declara :

«Esta rigurosamente mirado el arte, y la imitación Latina de quien procede, por cuyo cuydado merece alabança...»

El propio Fénix insiste en destacar en el riojano su carácter de sostenedor de la tradición clásica :

« Ya viene armado de Letras
y de Latinos y Griegos
que son la luz adquirida
del claro nativo Genio,
Francisco López de Zárate,
a mas elogios dispuesto
que dio la fama a Virgilio
y la antigüedad a Homero » (1).

Pero — anotémoslo bien — es en el *Poema Heroico de la Invencion de la Cruz*, donde se marcan las huellas, profundamente grabadas, del vate de Mantua. No hemos de agotar razones para sentar nuestro aserto.

El logrofiés, desde el punto inicial de su obra, adopta como dechado de su poema el poema de la *Eneida*.

Ya el verso inaugural de Virgilio es el eco del verso introductorio de López de Zárate :

«Arma virumque cano...»

(L. 1, v. 1).

«Canto al invicto Principe Romano.»

(L. 1, fol. 1).

Mientras el poema latino nos presenta a Juno en Eolia deprecando al dios de los vientos que desate su furia contra los troyanos que surcan los mares, es aquí Luzbel quien arenga al lóbrego senado del edito. Y si allí

«celsa sedet Aeolus arce,»

(L. 1, v. 52).

también aquí está

«Luzbel desde lugar sublime.»

(L. 2, fol. 12).

(1) *Relación de las Fiestas que la Insigne Villa de Madrid hizo en la canonización de... S. Isidro*. Madrid. Viuda de Alonso Martín. 1622. (Fol. 142).

Si a Juno

«necdum etiam causae irarum saevique dolores
exciderant animo,»

(L. 1, vs. 25 - 26),

Luzbel, después de recordar a sus secuaces las desgracias que, tras su caída, les atormentan, asevera :

«no os han dejado estas memorias.»

(L. 2, fol. 12).

Sobre el mar abierto se desencadena, en efecto, la tempestad.

Y entonces el riojano se ase de la mano de Virgilio y paso a paso—en la descripción de la galerna, en la pintura del ansiado arribo—camina, como un nuevo Dante, a la sombra del maestro :

«... totumque a sedibus imis
una Eurisque Notisque ruunt.»

(L. 1, vs. 84 - 85)

«Corred en vientos, reventad en ríos
Rebolued desde el fondo el mar salado.»

(L. 2, fol. 13)

«Eripiunt subito nubes coelumque diemque
Teucrorum ex oculis.»

(L. 1, vs. 88 - 89)

«Congregando mas nubes, que cupieron
En la capacidad del Orizante;
Con más niebla los pielagos cubrieron.

.
Los siempre ciegos ojos abatieron.»

(L. 2, fol. 13 v.)

«Praesentemque viris intentant omnia mortem.»

(L. 1, v. 91)

«Los Pilotos mas diestros temerosos,
Se juzgan de los pezes alimento.»

(L. 2, fol. 13 v.)

«Intonuere poli et crebris micat ignibus aether.»

(L. 1, v. 90)

«Tronando de si el mar, relampaguea,
Reuerberando amagos de la espada
de Orion...»

(L. 2, fol. 13 v.)

«... tum prora avertit et undis
dat latus.»

(L. 1, vs. 104 - 105)

«Al Piloto el timón desobedece,
Tanto golpe de pelágos le assalta.»

(L. 2, fol. 14)

«... fluctusque ad sidera tollit,
franguntur remi...»

(L. 1, vs. 103 - 104)

«El agua indiferente, baxa y alta,
No sufre remos...»

(L. 2, fol. 14)

«Hi summo in fluctu pendent.»

(L. 1, v. 106)

«(No alcançando a bogar) quedan colgados.»

(L. 2, fol. 14)

«Insequitur clamorque virum stridorque rudentum.»

(L. 1, v. 87)

«Oyense a voces prometidos votos

Gime el abismo, y el estruendo auiba.»

(L. 2, fol. 14)

«... Hic fessas non vincula naves
vlla tenent, unco non alligat anchora morsu.»

(L. 1, vs. 168 - 169)

«El graue ferro, que con firmes dientes
Las naues asegura, apenas llega
A las profundidades transparentes.»

(L. 2, fol. 17)

«Aeneas scopulum interea conscendit et omnem
prospectum late pelago petit Anthea si quem
jactatum vento videat Phrygiasque biremes
aut Capyn aut celsis in puppibus arma Caici.»

(L. 1, vs. 180 - 185)

«De monte en monte al mar los ojos daua,
Sin aliento con ansia diligente,
Buscando los amigos escafaa
Vn maritimo escollo, cuya cumbre
Estorba a mucho mar del Sol la lumbre.
De aqui pues descubriendo las galeras,

Vio, que de viento facil conducidas,
Ya, conformando el mar con sus riberas
De vna luz Celestial eran regidas,
Incredulo (mirando en las vanderas,
Las Cruces, tremolar, reconocidas).»

(L. 4, fol. 35)

«... ac magno telluris amore
egressi optata potuntur Troes arena.»

(L. 1, vs. 171-172)

«Alguno alegre la ribera toca,
antes que con las plantas, con la boca.»

(L. 4, fol. 36)

«Ac primum silicis scintillam excudit Achatēs
suscepitque ignem foliis atque arida circum
nutrimenta dedit rapuitque in fomite flammam.
Tum Cererem corruptam undis Cerealiaque arma
expediunt fessi rerum, frugesque receptas
et torrere parant flammis et frangere saxo.»

(L. 1, vs. 174-179)

«Prouido Orempo manda, y aconseja,
Sacar a tierra todo bastimento,
Talar troncos robustos, cuyas ramas
Convierte el pedernal fogoso en llamas.
Tuestan el rubio grano, el fuego embeue
Del recibido mar las licenciosas
Ondas, que el aire en niebla humosa beue;
Hazen del trigo harina entre las losas.»

(L. 4, fol. 37 v.)

Sirva sólo lo aducido de muestra y prueba. Y advertamos que López de Zárate ha agotado los cuatro primeros y bien hechidos cantos de su poema, para narrar entre circunloquios de un fabular de torrente, entre digresiones de luengos parlamentos, al uso de Tito Livio, lo que en la línea argumental sencillamente nos relata Virgilio en los escasos versos de su primer libro.

La poesía de Francisco López de Zárate propende siempre a la meditación, siempre a la gravedad filosófica. Es esta la característica más definida, más señera de su espíritu; sin ambages, sus biógrafos convienen en destacarla. A este respecto dice Nicolás Antonio:

«Nec minus recte lyrica quam heroica tractavit; in morali-
bus tamen tradendisque philosophiae regulis frequentior et mel-
lior...» (1).

Cayetano A. de la Barrera refrenda esta opinión :

«Era más filósofo que poeta. Sus obras carecen general-
mente de bellezas de imaginación; refléjase en la aridez de su
estilo el carácter de su autor» (2).

En sus versos jamás falta concepto. Sobre el ornato triun-
fa la sentencia; sobre lo bello, lo ingenioso. Es López de Zá-
rate—para decirlo con el lenguaje de la poética renacentista—
un poeta «rhetor». No es un poeta «vates».

Nunca puede sustraerse a su ingénita tendencia moraliza-
dora. Y esto—como nos lo avisa Puymaigre—mal se aviene
con el arte histórico, nó se cohonestá con el género épico :

«Au peuple il faut des faits et non des reflexions; il préfère
donc la poésie épique à la poésie lyrique» (3).

Ni aun en la *Invención de la Cruz* logra despojarse de su
habitual gravedad. Y lo que debiera ser un epinicio glorioso
de la cruzada del emperador Constantino, se trueca en un poe-
ma sembrado de sentencias y apotegmas, de exhortaciones y
advertencias.

Ocupémonos brevemente de algunas.

LA GUERRA

Hay en la obra infinitas referencias a la guerra.

Constituyen estas alusiones un tratado de experiencia
bélica, que el propio poeta allegaría, sin duda, en sus años juve-
niles de armas, por tierra de Flandes,

—« de la milicia escuela »—,

como dice Calderón (4).

López de Zárate, buen filósofo siempre, nos hace la defini-
ción causal de la guerra y reconoce

« ... que un instante,

De batalla, es Agosto de la muerte ».

(L. 9, fol. 101)

(1) *Bibliotheca Hispano-Nova*. 2.^a edic. Tomo I, (pág. 438).

(2) *Catálogo bibliográfico...* Madrid. Rivadeneyra. 1860, (pá-
gina 222).

(3) *La Cour Litteraire de don Juan II, Roi de Castille*. 1873. (Ca-
pítulo I, pág. 34).

(4) *Mañana será otro día*. Jornada I, acto I,

Insiste, de nuevo, y nos brinda en un juego de conceptos, otra definición, ahora genética :

« La batalla componese de dudas
El triunfo de auerlas allanado ».

(L. 8, fol. 84)

Todas las observaciones de nuestro poeta van al espíritu y prudencia de los soldados. Parece como si pretendieran demoler el tópico—un tanto mítico—de la soberbia, de la altivez y de la arrogancia de la milicia hispánica. Que también en la tropa española fueron prominentes y excelsas la virtud de la justicia, la virtud de la prudencia, la virtud de la misericordia.

Oigamos al riojano :

« Contradezir lo justo, no es ser fuerte ».

(L. 5, fol. 81)

« Del fuerte es ser en reducirse blando
Cuando la imprecación se justifica ».

(L. 9, fol. 99)

Nos sería tarea fácil alegar aquí una gradación inagotable de máximas agavilladas por todos los senderos del poema. Desechamos la idea y preferimos presentar sólo algunas, para contrapuntearlas con el texto de otros autores y evidenciar, de esta suerte, que este sentimiento no es genuino ni exclusivo del riojano, sino que rebulle en el ambiente de su generación :

« Quien el ardor apaga de la guerra;
O lo piensa templar con sangre, yerra.
Antes la alienta mas, que derramada
Y hecha yelo se enciende en el agrauio.
Quien escriue las leyes con la espada
No es en borrarlas con la sangre sabio ».

(L. 9, fol. 101)

Tal avisa también Mariana, cuando nos dice :

« La crueldad antes aliera que sana » (1).

Sigamos escuchando a nuestro poeta :

« Si falta la piedad en la vitoria
No es gloria verdadera, es vanagloria ».

(L. 15, fol. 148)

(1) *Historia de España*. V. II. 12.

El eco de estos versos se percibe en don Francisco de Borja, el Príncipe de Esquilache :

« y es la piedad honor de la victoria » (1).

La idea del riojano :

« Con los postrados es cobarde el brío »,
(L. 14, fol. 145)

nos la repite idéntica Rojas Zorrilla :

« Que no sabe ser valiente
el que ser tan cruel sabe » (2).

Pero, no obstante, previene López de Zárate al de ánimo compasivo que

« Yerra quien es cortes en la batalla,
Y mas, quando ocasión de vencer, halla.
(L. 11, fol. 125)

Si, en efecto, el coraje pesa, mucho pesa asimismo la sensatez en el arte de la guerra; pues

« Lo que para los hombros es pesado,
Quando con la prudencia se reparte,
Se viene a aligerar... »
(L. 8, fol. 85)

y

« Quien no opone a los riesgos la cordura
(Si es que no la desprecia), la aventura.
No nacen del furor las valenifas ».
(L. 9, fol. 95)

Hasta, como cosa probada, denuncia nuestro poeta, afinando más su juicio en la valoración, que

« Lo mismo que el valor, el ardid pesa,
Quando se sigue a la intención la impresa ».
(L. 8, fol. 84)

Veamos cómo Francisco Manuel de Melo confirma y desarrolla la misma opinión :

«... tanto debe valerse de la industria como del valor, la cual muchas veces, ayudada de la buena suerte, alcanza las cosas más difíciles. Así en la prudencia del mayor capitán de-

(1) *Napóles recuperada*, canto II.

(2) *El Capitán Serrallonga*, B. A. E., (L. IV pág. 567).

ben estar siempre vivas las cautelas, que todas vienen a ser lícitas en la guerra, como no tengan parte de tiranías o barbaridades, que estas nunca es justo aconsejen los ánimos grandes, aun cuando aseguren mayores efectos. Continuamente suceden en la guerra acciones en que el valor tiene la menor parte, y se ganan sólo con la industria del que más bien sabe usarla » (1).

Nuestro poeta se reitera una y otra vez en su parecer :

« El ardid facilita las hazañas ». (L. 11, fol. 135)

« Del poderoso saluase el astuto ». (L. 17, fol. 188)

Pero, ¿ cómo ?; de qué manera ?

Las tretas y artimañas pueden tener toda la anchura de la variedad en la marcial empresa.

Unas veces

« Vence en parte quien su mal retarda ». (L. 13, fol. 159)

otras,

«... la amenaza embuelta en el rezelo,
Aun aprovecha, como executada »; (L. 14, fol. 165)

en ocasiones.

« De la ausencia es cordura socorrerte
En el forçoso riesgo ». (L. 18, fol. 206)

Viene aquí bien advertir que

« No es, huir el peligro, ser cobarde »; (L. 18, fol. 207)

pero, ¡ que jamás haga presa en las filas el fantasma del temor !,

« Que elige el miedo falto de consejos
De los peligros, el que va más lejos »; (L. 11, fol. 122)

pues, en tal caso, los soldados

« No se retiran, huyen con desorden,
Que en el desprecio del valor no ay orden ». (L. 11, fol. 121)

(1) *Política Militar en Avisos de Generales*. Colección «Cisneros». Madrid, 1944. (Aviso XXXII, pág. 149).

Y entonces,

«¿ correr con miedo, no es volar sin alas ?»

(L. 11, fol. 122)

Si es preciso, hay que sucumbir con gloria, dando siempre cara al enemigo. Tal nos amonesta el poeta con los siguientes versos, que se nos antojan como el resumen de todo su pensamiento :

« No acaba, no, el que muere; que la fama
Es entretenimiento de las vidas ».

(L. 13, fol. 141)

LA FORTUNA

La obstinada porfía, con que todos los escritores de aquella hora insisten sobre el libre albedrío del individuo, indicia una decidida preferencia a considerar la vida humana con desánimo pesimista.

El destino no es para López de Zárate un orden preestablecido y fatal, dado sin duda en la presciencia divina, pero nacido de condiciones inmanentes de la naturaleza.

Cuando habla — y habla muchas veces — de la fortuna, se refiere siempre a un elemento exterior, azaroso y fortuito que caprichosamente va dando origen a la ventura individual.

« La ley del tiempo manda que se siga

A la necesidad, quando importuna,

Que ni se obliga, ni se desobliga

La deidad de los necios, la fortuna ».

(L. 9, fol. 93)

La fortuna, pues, siempre aleve con el flujo y reflujo de sus aguas hirvientes, la constituyen la danza airada de las coyunturas, el mar hirviente de las circunstancias.

Con toda simplicidad nos la describe Melo :

«La fortuna tiene poder sobre los sucesos, mas no sobre el valor del ánimo; porque aunque las cosas salgan siniestramente sucedidas, no podrá hacer que no se deba alabanza a quien las dispuso por medios justos y capaces» (1).

De aquí, la persistente admonición de nuestro poeta :

«Repara en que fortuna es fugitiua».

(L. 9, fol. 101)

(1) *Opus cit.* Aviso XXXVIII, pág. 158.

En consecuencia, todo varón prudente incurre en el moral deber de

«...no entregarlo todo o la Fortuna
Quando la conocemos importuna».

(L. 9, fol. 98)

Las razones son obvias, porque

«El que se entrega a la fortuna todo
Podrá vencer, mas errara en el modo,»

(L. 9, fol. 94)

Y

«...el que en el hado razon busca
Como el que mira a mucha luz se ofusca.»

(L. 11, fol. 129)

No es obra pues de Dios, sino consecuencia de los yerros y de la arrogante presunción del hombre. Por eso al fuerte, al de pecho diamantino, ninguna preocupación le trae. Sólo desdén siente por ella, puesto que

«Siguele la fortuna despreciada,
Que viene, a ser mayor, no deseada.»

(L. 4, fol. 34 v.)

¿Qué cabe hacer contra esta fuerza? Hemos de escalar la ardua torre de la virtud. No hay otra solución. Así, el triunfo de la voluntad humana sobre las circunstancias externas cobra sentido espiritual:

«Grato y constante el cielo corresponde,
Al afecto, que en el depositamos;
El solo es tierra firme, y fértil, donde
Multiplicado el interés hallamos;
No se aventura en él, lo que se esconde;
Amor cogemos, los que amor sembramos.»

(L. 18, fol. 204)

LA SOLEDAD

El renacentista español no es, en términos generales, muy expansivo. Calderón—sea de muestra un ejemplo—condena la locuacidad, como una falta grave:

«...el hablar mucho es
perniciósísimo vicio» (1).

(1) Flora, en *Dicha y desdicha del nombre*.

Esta natural reserva se acentúa, cuando se trata de revelar la desnudez del pensamiento íntimo, que es la más púdica de las desnudeces. De ello nos persuade nuestro poeta, siempre mesurado en su expresión :

«Que hablar lo que se siente es peligroso
Y lo que no se siente, lastimoso.»

(L. 9, fol. 97).

A muy pocas almas amigas, selectas, hemos de otorgar el derecho de contemplar las congojas de nuestro pecho. De las convulsiones de las estrellas no se ve sino la luz, la casta luz misteriosa que baña de paz y de suavidad las almas. Tal, de las conmociones espirituales nada deben captar los que en nuestro torno se hallen, sino la sonrisa grave, a flor de labios, bella y acogedora.

Hemos de mostrarnos animosos siempre y siempre fuertes ante el advenimiento del destino; hemos de contener la angustia, aun cuando nos flagele el infortunio y la Parca siegue implacable las flores del jardín de nuestros amores :

« Sobre rosas, si bellas agosiadas,
El llorar es regar tierra infecunda
De lágrimas en vano derramadas
El malograr la estimación redundante ».

(L. 18, fol. 204).

Y es que, si son pocas aquellas almas junto a las cuales podemos callar, porque se establece con ellas el flúido y divino diálogo interior, son más escasas aún, aquellas con quienes podemos sentir, sufrir, debelar la angustia humana en toda su sencilla y formidable grandeza.

«No está en nuestros hábitos escribir memorias—ha dicho Castelar—. El pudor que oculta las buenas acciones tiene tanta fuerza como la vergüenza, que oculta las malas. Creemos que no importan a los demás nuestras virtudes ni nuestros vicios...» (1).

Tampoco la oración pide palabras; sentimiento, devoción reclama. Para pedir a Dios mercedes sólo hay que abrir el corazón, y poner el alma de puntillas, más cerca del cielo.

(1) En el prólogo de *Fray Bartolomé de las Casas*, de C. Gutiérrez. Madrid, 1878 (pág. 23).

«Que en loores de Dios, el mudo labio
Dize mas, que las voces eloquentes,
Excediendo retóricos primores,
Pues los afectos puros son mejores».

(L. 4, fol. 33)

No es la forma; es la intención la que vale. De la misma manera

«Que no el adorno al Templo haze sagrado
El sacrificio sí, y el que lo ofrece;
De cuydado interior está adornado».

(L. 4, fol. 34)

En el áspero camino de la vida podemos gustar ratos de suavidad. La ciencia está en replegarnos sobre nosotros mismos. No importa que moremos en el tráfigo de la ciudad, si sabemos volver la espalda al mundo.

Nos dicta la fórmula maravillosa el monólogo de nuestro poeta :

«Qué poco sabe,
O soledad, de muchos despreciada,
Quien no te llega a conocer; mas eres
Cielo, que pocos buscan tus plácemes».

(L. 4, fol. 40)

LA ROSA

Francisco López de Zárate es un denodado cantor de la rosa. Sobre las estrofas de todas sus obras vertió raudales de referencias a la caducidad de la vida, en la rosa simbolizada. También menudean en la *Invención de la Cruz* :

«O flor en la beldad, como en la vida,
Que sin ser vista casi, te deshazes !
O rosa, que de vn breue Sol herida,
De auer nacido solamente, yazes !
Tu misma perfección es tu homicida,
Tan flor, tan rosa mueres, como nazes !
Tan bella, tan veloz desaparezes,
Que no ay fragancia en ti, para dos vezes».

(L. 18, fol. 205 v.)

No en vano nuestro poeta se conquistó de sus contemporáneos el poético dictado del «Caballero de la Rosa», como nos lo recuerda Lope de Vega, su buen amigo :

«Caballero de la Rosa
le llaman por excelencia;
pero tales Silvas hace
que tales Rosas engendra» (1).

En los prolijos cantos del *Poema* montó el riojano versos y versos sobre el mismo tema, mostrándonos así su dilección :

« ... la breue rosa,
Que casi niega al campo nacimiento,
Igualdad a la Estrella mas hermosa,
Siendo solo un vizarro pensamiento,
En nacer, en morir tan presurosa;
Pues, se pudo negar, quando fue bella,
Si ella nacio del Sol, o si el Sol della».

(L. 7, fol. 70)

Glosemos ahora la doble acepción que entraña la palabra flor y que López de Zárate, tan imbuído de tradición greco-latina, ensambló diestramente en su poesía.

En el idioma griego *phloos*, la flor, quiere tanto decir como corteza, lo externo, lo aparente. Tal es el concepto primario de la flor. Ni el vocablo latino *flos* tiene un significado íntimo más cercano a la realidad natural. La flor es eso : externo y cortical, lo vistoso y llamativo, que atrapa la curiosidad de los ojos. Es, asimismo, lo más lindo y aparential :

« ... la purpurea rosa
Quanto mas encendida mas hermosa ».

(L. 8, fol. 81)

Hay, pues, dos conceptos, hilvanando el uno al otro y adheridos al popularmente primario y complejo de flor. Es flor lo cortical y externo; también es flor lo selecto, lo preferido, lo bello. En el espíritu humano, lo bello vale por lo mejor; existe una jerarquía de las cosas, según el orden de la hermosura.

« Estos motivos poéticos — dice sagazmente la autora de *Los temas del «Carpe diem» y la brevedad de la rosa en la poesía española* — se ofrecen con harta insistencia en la lírica de todos los países. Apenas hay poeta lírico que no los haya rozado. Esta abundancia obedece a dos razones : la honda

(1) *Justa poetica y alabanzas justas que hizo la Ilustre Villa de Madrid al Bienaventurado San Isidro en las fiestas de su Beatificación*, En *Colección de las Obras sueltas assi en prosa como en verso*. Madrid. Antonio de Sancha. 1777 (pág. 422).

raíz humana del asunto y la plasmación del mismo en las literaturas clásicas, que trae consigo la standarización en el Renacimiento. La comparación de la belleza femenina con la flor y más concretamente con la rosa, pertenece a todos los tiempos y países » (1).

De las dos nociones del espíritu popular, aplicadas a la palabra flor—lo que es cortical, por una parte, y lo que es selecto, por otra—nacen todas las interpretaciones metafóricas, luego trasladadas al lenguaje vivido, referidas preferentemente a la hermosura de la mujer :

« Su hermosura, por mi se vio eclipsada;
Porque vsando de vn tosigo secreto,
Fuy causa, que cayesse la flor bella,
Que con alas de rosa bolo a Estrella ».

(L. 2, fol. 20 v.)

Aún hay más. Nuestro poeta acoge el culto a las manifestaciones de lo natural y es entonces la flor, la del efímero vuelo, una escala sugeridora henchida de morales enseñanzas :

« Essas flores me siruen de consuelo,
Pues, con su muerte enseñan el camino
De la prosperidad de la belleza,
Con que, no me va mal en la pobreza.

(L. 4, fol. 33)

(1) Blanca González de Escandon. Barcelona, 1938.